

él lo ignora todo y sigue en regiones misteriosas el llamamiento de



ADÁN

por los hermanos Van Eyck, Hubert, 1370-1426.  
(Real Museo de Bruselas.)

su genio. Beethoven es sordo, pero desarrolla en los campos del espacio grandes ríos de armonía. Por lo demás, la floración del genio individual depende de tantos elementos, de tantas combinaciones infinitas, que suele suceder que se desarrolle en un medio completamente extraño en apariencia, que sin embargo tiene recursos ocultos, tesoros de fuerza de que la tiranía no había podido apoderarse. Así pudo erigirse la admirable iglesia que descubrió Stevenson en una aldea despoblada de las Marquesas, en Hatiheu, en la isla Nukahiva. El hermano lego que la construyó hace algunos años se manifestó escultor original y supo producir un conjunto verdaderamente notable<sup>1</sup>. Es indudable que la obra artística de Michel Blanch no hubiera podido florecer en la metrópoli, bajo la influencia de sus superiores y de la burocracia con diploma. Del mismo modo, gracias á la libertad infinita de los viajes en el mundo musulmán, un Saadi pudo ponerse frente á Mahmoud el Ghaznevide; así también el impulso heroico de los descubrimientos y de las conquistas dió vida á un Cervantes, á un Lope de Vega, á un Calderón, á pesar de la inmensa tiranía de la Inquisición; después, en la frivolidad de las cortes, se vió prosperar á Rubens y su escuela, con su belleza robusta y brillante, su riqueza sin pensamiento y sin filosofía»<sup>2</sup>. Por último, hay entre los artistas cierto número de hombres que saben luchar siempre y en todas partes, crecer á pesar de todo como árboles que se retuercen al viento del mar, y que,

<sup>1</sup> R. L. Stevenson, *In the South Seas*, 1, p. 97.

<sup>2</sup> Guillaume de Greef, *Introduction à la Sociologie*, 2.ª parte, p. 173.

en la crisis final, miran frente á frente á sus adversarios, como Bernard Palissy, diciendo: «¡Sé morir!»

La tiranía material de los señores y de las castas no es la única que impide completamente ó al menos retarda el desarrollo del arte; la pesada opresión de una opinión pública ininteligente produce el mismo resultado. El mal causado por la hipocresía religiosa y moral que domina en los países anglo-sajones bajo el nombre de *cant*, es verdaderamente incalculable. Miles de autores y de artistas que no habían de temer el «brazo secular» se callaban, no obstante, con una discreción respetuosa, cuando, por el asunto, hubieran debido tocar problemas que no han sido declarados libres por la opinión todopoderosa. Sabido es que hombres de gran inteligencia, como Byron y Shelley, trataron en vano de hacerse tolerar por su patria, Inglaterra, y uno y otro murieron en el extranjero. También en país inglés, la literatura y la pintura llamadas *convenables*, hasta una época reciente, se vieron obligadas á ignorar completamente la vida sexual, fuera de los impulsos del alma y del lado puramente espiritual del amor: parecía que el hombre fuera un ser sin cuerpo, una simple llama, una luz, un duende. A este respecto, la sociedad moderna, sometida siempre á esta vergüenza, á esta maldición de la carne que había pronunciado el cristianismo, es todavía singularmente inferior á la noble Hélade, que respetaba y divinizaba las formas humanas.

El renacimiento de un arte escultural, no idéntico, sino de igual valor al de los Griegos, no es concebible durante el largo transcurso que la moda y las convenciones de una falsa moral impusieron á los



EVA

por los hermanos Van Eyck, Jean, 1390-1440.  
(Real Museo de Bruselas.)

hombres y á las mujeres sus trajes, contrarios á la vez al libre crecimiento del cuerpo, á su desarrollo higiénico y al fructífero estudio de los artistas. No se puede ser escultor sino después de haber contemplado las formas en su infinita variedad, después de haber comprendido por un largo hábito el juego flexible de los músculos y la sucesión rítmica de los movimientos, después de haber descubierto la unidad de la persona humana, el lazo secreto que existe entre el modelado de cada una de las partes del cuerpo y el carácter moral de la individualidad creada por la imaginación artística. Todavía es necesario que esta apreciación de los cuerpos, viviendo en la plenitud de su vida, se haga en condiciones de libertad completa, no por una serie de sorpresas ni en el taller, donde personas habituadas á posturas convencionales se venden á tanto por sesión. ¿Puede hacerse verdadero arte reproduciendo los contornos de «modelos» conscientes del sentimiento de oprobio que las tradiciones y el medio dedican á su ocupación y que, por efecto de esa hostilidad, han adquirido una mentalidad especial? La desnudez no puede ser perfectamente bella sino cuando el ser humano es ignorante del mal, ó cuando, por un perfecto y noble conocimiento de las cosas, se ha elevado á la pureza del alma y de la vida. Unicamente una profunda evolución moral, procedente de un completo cambio del medio, podrá dar á los hombres esta nueva libertad.

La cuestión de los vestidos y de la desnudez es ciertamente la que tiene más importancia á la vez desde el punto de vista de la salud física, del arte y de la salud moral: es, pues, necesario precisar lo que se piensa á este respecto, porque ha llegado el tiempo en que no se ha de retroceder ante ninguna discusión. Es esta una conquista reciente de la libertad humana: hace pocos años se hubiera rechazado de antemano como atentatoria á la moral toda proposición encaminada á que pudiera ser negada la necesidad del vestido. Bajo la influencia de esta idea de origen inmemorial, consagrada por la religión, indiscutible para la moral, se había llegado á creer en la sociedad actual, llamada civilizada, que la «decencia» se halla en los diferentes pueblos en proporción directa con los vestidos. La dama elegante afecta no ver siquiera al que va descalzo; las manos, que son por excelencia los órganos de la ac-

ción, los ejecutores del pensamiento, se revisten frecuentemente con guantes; la mayoría de las mujeres cristianas no obligadas al trabajo físico se velan el rostro, á la manera de las mahometanas, sin ser compelidas por más tirano que por la moda; ni la cabeza se muestra libremente, una niebla de tul ó de encaje se interpone entre la mirada y la naturaleza; hasta las motitas negras ó rojas bordadas en el velo parecen manchar intencionadamente los ojos y las mejillas. Los convencionalismos lo quieren así, como también en otras circunstancias las costumbres de la sociedad exigen que la mujer ostente descubiertos el pecho y la espalda. Á la entrada de Carlos V en su buena ciudad de Amberes, las damas de las más nobles familias se disputaban el honor de presentarse desnudas en el cortejo del soberano, lo mismo que en tiempo del Directorio usaban telas transparentes para satisfacer las exigencias del buen tono. Sin embargo, preciso es reconocer que la religión y la moral oficiales no aprueban esas desviaciones de las costumbres y se acomodan mucho mejor con los vestidos tradicionales que, en ciertos países como el Tirol y la Bretaña, cubren absolutamente el cuerpo é impiden reconocer la forma. Tal era el objetivo de la «Santa Iglesia», que veía en la mujer la mayor incitadora al pecado.

En el fondo se trata de saber cuál es, entre el desnudo y el vestido, lo más sano para el desarrollo armónico del hombre en lo físico y en lo moral. En cuanto al primer caso no hay la menor duda: para los higienistas es cosa ya juzgada la desnudez; no es dudoso que la piel adquiere su vitalidad y su actividad naturales cuando se halla libremente expuesta al aire, á la luz y á los fenómenos cambiantes del exterior; no se dificulta la transpiración; las funciones del órgano se realizan todas; flexible y firme á la vez, no palidece ya como una planta aislada privada de luz. Los experimentos hechos sobre los animales han probado también que cuando se substraen la piel á la acción de la luz, disminuyen los glóbulos rojos lo mismo que la proporción de hemoglobina; es decir, la vida se hace menos activa y menos intensa<sup>1</sup>. He ahí una demostración de que los pro-

<sup>1</sup> Kronecker y Martí, *Archives italiennes de biologie*, t. XXVII, p. 333.



tonta vanidad, el servil espíritu de imitación y sobre todo por los infinitos recursos del vicio, es de lo que más arrastra á la corrupción general de la sociedad. En las Escuelas de Bellas Artes, los jóvenes, á veces depravados, dibujan atentamente á la vista del modelo femenino con perfecto respeto de la forma humana, y no se entregan á los pensamientos libertinos hasta después, al contacto de las mujeres vestidas con sus adornos y perifollos: la moda ha dado á los vestidos el corte hecho especialmente para excitar la concupiscencia. La belleza desnuda ennoblece y purifica; el vestido insidioso y falaz, degrada y pervierte.

Pero la moda reina todavía, lo mismo que continúan reinando el Señor Capital y las antiguas supervivencias de la Iglesia y del Estado. No hay que esperar que la moda, que representa los intereses de innumerables proveedores y abastecedores y que responde á un conjunto infinito de pequeñas pasiones personales, abdique de grado ni á la fuerza ante un nuevo régimen de arte y de buen sentido, y es tanto menos de esperar, cuanto la moda es la herencia de todo el pasado; cambia de siglo en siglo, de estación en estación, pero mucho menos, sin embargo, de lo que ordinariamente se imagina; salta bruscamente de un extremo á otro, pero tomando formas anteriormente conocidas. Ninguna de las antiguas maneras de adornarse y de embellecerse ha desaparecido completamente, ni aun en nuestras sociedades elegantes. Muchos hombres se tatúan todavía, y, entre los actuales almirantes, puede verse alguno cuyos guantes de ceremonia ocultan un áncora marcada con tinta azul en la raíz del pulgar. La mujer europea no se atraviesa la nariz con un arete como la hindu, pero le cuelga á sus orejas; conserva el collar de la salvaje y lleva el brazalete de la cautiva, resto de la cadena que la sujetaba al poste de la tienda. El soldado, que en la sociedad actual representa al primitivo, el hombre de vanidad guerrera y de combate, se adorna con charreteras, franjas y galones de colores chillones, con placas, con cruces de esmalte ó de metales brillantes, con plumas multicolores, aun á riesgo de atraer en la batalla las miradas y las balas del enemigo<sup>1</sup>. Pero si entre las clases

<sup>1</sup> Ernst Grosse, *Die Anfänge der Kunst*, p. 110.

ricas, que quieren á toda costa distinguirse del común de los hombres, el amor al lujo conserva la separación de las clases y hasta trata de aumentarla todavía á fuerza de gastos, las multitudes democráticas tienden á parecerse cada vez más por el traje, lo que ya es un progreso. En muchos países no se distingue ya el pobre del rico, porque el hombre de gusto, aunque sea opulento, se viste con sencillez, y la limpieza es la regla para todos, hasta para los



LA ROCHE-GAJEAC, Á ORILLAS DEL DORDOÑA

Cl. Henry Guillet.

poco afortunados. Además, el vestido de las mujeres laboriosas se aproxima al de los hombres: las que quieren conquistar la libertad plena de sus movimientos encuentran el medio de desembarazarse de las pesadas ropas, de los corsés estrechos, de los sombreros floridos. Positivamente se ha realizado cierto progreso en el sentido de la libertad del traje y á pesar de todo se ha adelantado algo hacia la higiene. Pero la gran revolución estética y moral que dará al civilizado moderno el derecho que tenía el Griego antiguo de pasearse desnudo á la luz del sol, esa gran revolución es todavía, entre todas las ambiciones del hombre moderno, la que parece más difícil de realizar.

El reformador aislado, aunque sea un «super-hombre» como

Nietzche, no basta para la obra que emprende. Si está solo, es tenido por loco, si no lo llega á ser realmente, y sus contemporáneos pueden rechazarle con facilidad por la prisión, el destierro, la burla y el aislamiento, pero no deja de ser un precursor, y otros le seguirán, quienes por la asociación harán triunfar la voluntad. El artista no estará ya solo en sus reivindicaciones: se unirá al higienista, al sabio, y de todos lados á la vez se dará el asalto contra las prácticas impuestas y las preocupaciones que han de ser destruidas. La perfecta unión del arte y de la ciencia, tal como la deseamos para la sociedad futura, se reveló ya cuando El Ticiano y sus discípulos dibujaron para Andrés Vesalio las láminas de su *Tratado de Anatomía*. Los ejemplos del mismo género son cada vez más numerosos en nuestros tiempos, y podemos esperar resultados más sorprendentes todavía cuando los sabios, los artistas y los profesionales instruidos empeñados en múltiples empresas, cesen de ser, como lo son casi todos en nuestros días, los servidores asalariados de los príncipes y de los capitalistas, y, recobrando su libertad, podrán volverse hacia la multitud de los humildes y de los trabajadores para ayudarles á edificar la ciudad futura, es decir, á constituir una ciudad exenta de fealdad, de enfermedad y de miseria.

Se nos habla del trabajo «atractivo». ¡Qué alegría infinita sentirán todas las abejas trabajando en la edificación de una colmena donde no habrá parásitos que roben la miel! ¡Qué felicidad fraternal la de coordinar los esfuerzos propios con los de todos, para la creación de un bello organismo, donde cada uno tenga su parte de trabajo personal y dedique su existencia á la realización de una obra perfecta, detalle armónico de un conjunto que conviene á todos! El objetivo social habrá cambiado completamente. En la actualidad un grupo de privilegiados, en posesión de capitales, títulos, plazas y sinecurias, procura por todos los medios conservar este régimen de desigualdad, y los artistas, como los obreros y como los soldados, no pueden entrar en la vida del trabajo sino aceptando las condiciones impuestas por la sociedad dominadora. Sin duda sería para ellos una felicidad buscar sinceramente su vía, ayudarse mutua y equitativamente en los trabajos que requiere la asociación, vivir en común sin ningún temor á la miseria que acecha en nuestros días á la gran mayoría de los

hombres; pero desde la primera lección aprenden que son rivales y combatientes; se les explica de todas maneras que los premios que han de obtenerse son escasos y que es preciso arrancárselos á los camaradas, no sólo por la superioridad del talento, sino, si la cosa es hacendera, por la astucia, por la fuerza, por las cábalas y las intrigas, por las maquinaciones más bajas ó por las oraciones á San Antonio de Padua. Se les amaestra para convertirse en privilegiados, y ante sus ojos se presenta, como en una gran avenida, toda la carrera de los honores marcada de distancia en distancia por cruces, medallas, títulos, pensiones, mandos del Estado, y, para la conquista de cada uno de esos símbolos, se preparan á librar batalla, á herir mortalmente á algún «querido camarada», á marcar con su cuchillo la línea ya infranqueable para sus rivales. Todos se acostumbran de día en día á odiarse recíprocamente en los hermosos años de la juventud, hechos para la grandeza de alma y para el heroísmo, y, necesariamente, el arte verdadero, generoso y desinteresado, surge con dificultad de ese medio de bajas envidias: las flores quedan ahogadas bajo las hortigas. Los artistas más sinceros suelen ser los que, heridos en su sentimiento de lo bello y en su delicadeza íntima, se separan de la sociedad y viven como en una fortaleza apartados del vulgo: «acampan en país enemigo»<sup>1</sup>.

La Naturaleza es para muchos una gran consoladora; mas lo mismo que las ciudades populosas, los campos, y hasta los lugares más apartados, pueden ser afeados por el mal gusto y sobre todo por las brutalidades de la toma de posesión. Porque el hombre da su alma á la Naturaleza, y, conforme á su propio ideal, embellece y diviniza la tierra, ó la vulgariza, la hace fea, grosera y repugnante. El hombre de mañana, elevado á la comprensión de la belleza, sabrá, por respeto y por amor á la Naturaleza, no colocar su morada de modo que se rompan las líneas, que se borren brutalmente el color y los matices: sentirá vergüenza en disminuir y alegría por aumentar la belleza de cuanto le rodee, en lo que, por lo demás, no hará sino imitar al animal, su antecesor. «La ardilla y el ave practican sus nidos en los árboles y los hacen muy interesantes á la vista»<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> William Morris, *Lecture to the Society of Art at Birmingham*.

<sup>2</sup> Edward Carpenter, *La Société Nouvelle*, Febrero 1896.

Asimismo, un grupo encantador, amoroso, una familia con sus hijuelos bajo las ramas ¿no aumentan hasta lo infinito la belleza natural, no alegran la soledad con su cabaña situada al lado de las aguas corrientes, con su jardincito lleno de flores? También grandes edificios pueden ayudar á la belleza del espacio circundante, cuando los arquitectos comprenden el carácter del sitio y la obra



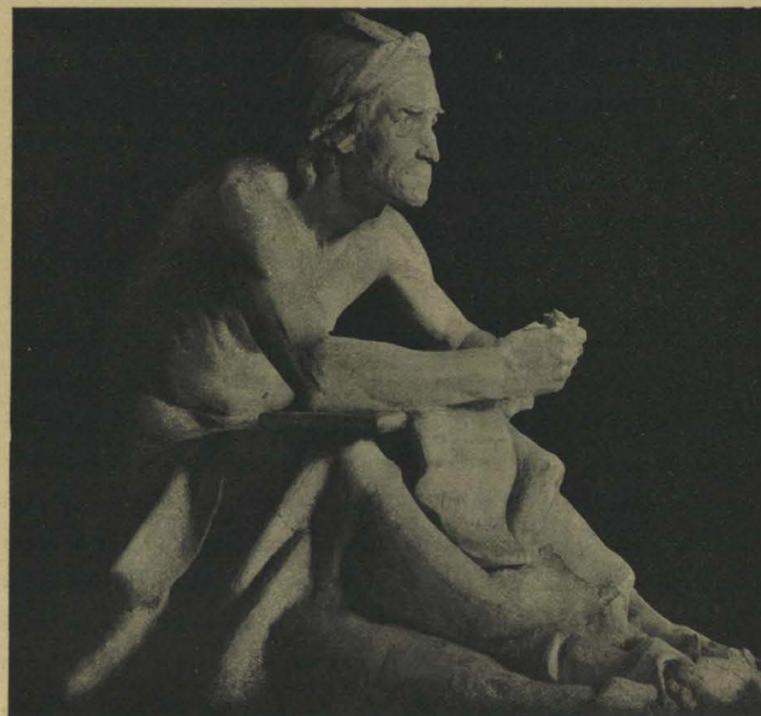
Cl. M. Spokorni.

LA ÓPERA EN VARSOVIA

del hombre concuerda con el trabajo geológico de los siglos en armonioso conjunto. Así es como un templo griego continúa, desarrolla y florece, por decirlo así, los contornos de la roca que le sostiene; de ella forma parte integrante, pero dándola un sentido más elevado; la transforma, la glorifica, la hace digna de la divinidad creada por el hombre y que desde la altura domina sobre los campos y los mares. Sin embargo, hay cimas que profanaría toda arista de monumento, todo saliente de construcciones humanas, y se siente una impresión de verdadera repugnancia cuando arquitectos insolentes, pagados por hosteleros sin pudor, edifican enormes guaridas, bloques rectangulares donde se hallan inscritos los

rectángulos de mil ventanas y en que sobresalen cien humeantes chimeneas frente á glaciares, montañas nevadas, cascadas ó frente al Océano!

El arte se deja, pues, dominar por harto mala escuela; toda una turba de artífices diestros rodea á los que hacen encargos, barones de banca, municipios, prefecturas y sobre todo el ministerio de



Cl. J. Kuhn, París.

MARAT, POR JUAN BAFFIER

Bellas Artes, el Estado «Gran protector de las Artes»; al menor signo todos ponen manos á la obra: hoteles, palacios y templos, cuadros y acuarelas, estatuas y bajos relieves, dibujos y aguas fuertes, esmaltes, camafeos y joyas, óperas, operetas y poemas, todo lo que los amos quieren.

Por decenas de miles, cartones y telas, yesos, mármoles y bronce se alinean anualmente en las exposiciones de arte, en los «Salones» que tan bien muestran la incoherencia de las obras en gestación; cada una contrasta con su vecina por una impresión diferente, y

no se les puede mirar durante una hora sin verdadero sufrimiento. Todo eso es trabajo servil; sin embargo, se comprende qué poderosa reserva de fuerza, de destreza, de habilidad y de recursos para el porvenir se halla en ese caos. Que la armonía ajuste todas esas voluntades, que haya acuerdo entre todos esos obreros para una tarea común, digna de la grandeza humana, y surgirán incomparables maravillas sobre las ruinas de nuestras barracas y hasta de nuestros pretendidos palacios. Para que se produzcan cosas grandes bastará llamar á aquellos de quienes se esperan, pero ante todo es preciso que estén en condiciones de libertad personal, de digna igualdad y de serenidad perfecta respecto de los medios de vida; que ninguna preocupación les aparte de perseguir la belleza, que nada vulgar pueda salir de sus manos.

«El Arte es la vida», dice Juan Baffier, el obrero escultor que tanta pasión y alegría puso en esculpir en mármol la noble y pura figura de su madre y la de los labradores y jardineros. El Arte es la vida, sí; en cuanto el trabajo apasiona, en cuanto se transforma en felicidad, el obrero se hace artista, quiere que la obra se haga perfecta en belleza, que adquiera un carácter de duración y de universalidad para la admiración de todos. Hasta el campesino silencioso desea que se venga de lejos á contemplar el surco recto y de igual profundidad que, con mano sólida, ha hecho trazar á su yunta; el muletero tiene á gloria medir el equilibrio de la carga sobre el animal, adornándola con pintorescos jaeces; todo obrero procura tener una herramienta, no sólo perfecta para el trabajo, sino también agradable á la vista; escoge él mismo la madera ó el metal, le pone el mango, la ajusta, la decora con adornos y dibujos; cierto pueblo cuyo nombre se ha perdido, que vivió en época tan remota que es posible equivocarse en miles de años acerca del período de su existencia, sólo vive para nosotros por los ornamentos que trazaron sus artistas en los huesos ó en la piedra.

Hasta los trabajadores cuya obra desaparece en cuanto se termina, guadañeros, segadores y vendimiadores, son también artistas en la manera de manejar sus herramientas y de ejecutar su tarea: pasan los años y refieren con orgullo sus proezas de valor y de rapidez en el inmenso esfuerzo. El «primer» mozo de granja no

participa de los beneficios de las bellas cosechas, pero pone su punto de honor en merecer mejor cada año su título y en ver reconocida su habilidad en la comarca. Cada profesión tiene sus héroes en cada localidad, constituyendo por sí solos un mundo completo, y cada uno de esos héroes encuentra poetas que perpetúan su fama, especialmente en las largas veladas de invierno cuando



Museo del Louvre.

Cl. J. Kuhn, París.

DANZA DE PASTORES DE SORRENTO, POR COROT (Fragmento)

las llamas danzantes del hogar y los brillos súbitos de las brasas hacen oscilar las figuras, acercándolas ó alejándolas alternativamente y dando á todas las cosas la impresión del misterio. De esos humildes focos del arte primitivo han salido nuestras epopeyas y nuestras arquitecturas, y mientras no desaparezcan esos lugares pacíficos para el trabajo feliz, tenemos halagüeñas esperanzas.

Y tanto más tenemos derecho á esperar, cuanto de todas partes surge la convergencia hacia un estado social en que se comprenda la unión de todos los elementos de la vida humana, juegos y estudios, artes y ciencias, goces del bienestar material y del pensamiento, progresos intelectuales y morales. ¡Qué prodigioso con-

junto veía ya surgir ante sí el gran renovador Fourier cuando imaginaba su «Falansterio», y qué bellas tentativas se han hecho ya en este orden de ideas! En un porvenir próximo la «Casa del Pueblo» será mucho más bella que un palacio real en Persépolis, Fontainebleau, Versalles ó Sans-Souci, porque satisfará todos los intereses, todas las alegrías y todos los pensamientos de los que antes eran la multitud, la turba, la masa y á quienes la conciencia de su libertad ha transformado en asamblea de compañeros.

Ante todo el palacio será de vastísimas proporciones, puesto que un pueblo se paseará en sus patios, en sus galerías y en los paseos de sus jardines; inmensos depósitos recibirán provisiones de toda especie necesarias á los miles de ciudadanos que allí se hallarán reunidos los días de trabajo y de fiesta; el «pan del alma» en forma de libros, de cuadros, de colecciones diversas, no será menos abundante que el pan del cuerpo en las salas de la casa común, y todas las previsiones para bailes, conciertos, representaciones teatrales deberán verse ampliamente realizadas. La variedad infinita de las formas arquitectónicas responderá á las mil exigencias de la vida; pero esa diversidad no perjudicará á la majestad y al bello conjunto de los edificios. Allí estará el lugar sagrado donde el pueblo entero, sintiéndose exaltado sobre sí mismo, intentará divinizar su ideal colectivo por todas las magnificencias del arte completo que suscitará todo el grupo de las Musas, lo mismo las graves que presiden á la armonía de los astros, que las ligeras y amables que embellecen la vida con danzas y flores.

Todo eso, ciencia y arte, fué designado en la antigüedad remota bajo el nombre de «música», y en el alto sentido de la palabra, es la música en su conjunto, tal como la comprendieron los pueblos primitivos que precedieron á los Hindus, los Tracios y los Griegos. Antes de haber sido convertidos por los Maristas y disciplinados por sus carceleros, los Kanakas de Nueva Caledonia tocaban la flauta en medio de los campos «para animar las plantas á germinar y los frutos á madurar»<sup>1</sup>.

¿No es esta, bajo otra forma, quizá más graciosa todavía, la le-

<sup>1</sup> Moncelon, *Mélanésie française*.

yenda de Orfeo, cuya lira atrae los hombres, domestica á los animales, hasta conmueve las piedras y las obliga á erigirse en muros para construir la ciudad de los hombres libres?

El pueblo, al que todos pertenecemos, se mueve en un ritmo constante: en cada uno de nosotros, la música interior del cuerpo, cuya cadencia resuena en el pecho, regula las vibraciones de la carne, los movimientos del paso, los impulsos de la pasión, las formas del pensamiento, y cuando todos esos latidos se conciertan y se unen en una misma armonía, se constituye un organismo múltiple, abrazando toda una muchedumbre y dándole una sola alma.

Ya el simple compás marcado por el pífano y el tambor basta para poner en movimiento toda la población de una calle, siguiendo el paso tras una compañía de titiriteros ó de domadores de osos. ¿Qué no podrá la música verdadera, con sus expresiones de infinita ternura y de entusiasmo todopoderoso! Entonces la vida, común para todos, inspira una misma pasión al ser colectivo y le da también el mismo sentimiento moral, le predispone á la misma voluntad de acción; lo que hace la palabra elocuente puede cumplirlo también la música, de una manera más vaga en apariencia, pero más profunda en realidad, puesto que si no solicita las multitudes para una obra determinada, se apodera del ser íntimo y le predispone á un estado general que contendrá en potencia todos los actos del heroísmo. Todos aquellos á quienes la música une en una emoción colectiva comprenden la obra en su totalidad mejor que lo que podría hacer con la lectura ó la audición solitaria el músico más sabio: sucede á veces que el público revela á los mismos ejecutantes finezas que no habían apreciado. Así la música, hasta bajo su forma estrecha de armonía de los sonidos, es el arte humanitario por excelencia, que da la conciencia de solidaridad á aquellos á quienes desune la lucha por la existencia<sup>1</sup>.

¿Y qué diremos de la música tal como la conocieron los Helenos, de la música en toda su amplitud, en que las manifestaciones humanas se unen á cada descubrimiento de la ciencia, á cada forma del arte? ¿Quién fijará límites al poder del hombre, cuando dis-

<sup>1</sup> Gevaert, *Musique, l'art del XIX siècle*, 1895.

ponga de un acuerdo perfecto con el mecanismo inmenso de la Naturaleza, y cuando cada una de sus vibraciones se regule por la marcha de las estrellas, por el «ritmo sagrado de las estaciones y de las horas?»<sup>1</sup> Hasta ese grado de perfección puede tener el hombre la esperanza de llegar si las yemas entrevistas se desarrollan en flores, si las fuerzas en germen no se paralizan por una enfermedad imprevista, si la educación de la humanidad continúa haciéndose como ya se ha hecho siguiendo una serie de sacudidas que producen el progreso.

<sup>1</sup> Louis Ménard, *Symbolisme des religions*.



*El verdadero progreso es la conquista del Pan y de la Instrucción para todos los hombres.*

## CAPÍTULO XII

DEFINICIÓN DEL PROGRESO. — EDAD DE ORO.

EVOLUCIÓN GEOLÓGICA. — PROGRESO Y RETROCESO EN LA HISTORIA.  
VUELTA A LA NATURALEZA.

SENCILLEZ PRIMITIVA DE LAS SOCIEDADES Y COMPLEJIDAD MODERNA.  
AYUDA MUTUA DE LAS NACIONES. — LEYES DEL DESPLAZAMIENTO  
DE LOS FOCOS. — CONQUISTA DEL ESPACIO Y DEL TIEMPO.

CONQUISTA DEL PAN. — RENOVACIÓN DE LAS ENERGÍAS PERDIDAS.  
AFIRMACIÓN DEL PROGRESO.

**T**OMADA en sentido absoluto, la palabra «progreso» no tiene significación, puesto que el mundo es infinito, y en la inmensidad sin límites, se permanece siempre igualmente alejado del principio y del fin. Debiendo descomponerse el movimiento de la sociedad en los movimientos de los individuos que son elementos constitutivos, ¿qué progreso en sí puede determinarse para cada uno de esos seres cuya curva total se termina en algunos años, desde el